



AVECILLA

~~~~~

### I

**D**ON Casto Avecilla había pasado del Archivo de Fomento, pero sin ascenso, á la dirección de Agricultura, y de todos modos seguía siendo un escribiente, el más humilde empleado de la casa. Los porteros, cuyo uniforme envidiaba don Casto, no por la vanidad de los galones, sino por el abrigo del paño, despreciábanle soberanamente. Él fingía no comprender aquel desprecio, creyéndose superior en jerarquía á tan subalternos personajes, siquiera ellos cobrasen mejor sueldo y tuvieran gajes que á don Casto ni se le pasaban por las mientes, cuanto más por los bolsillos. Cuando se le preguntaba

la condición de su nuevo empleo, decía con la mayor humildad y muy seriamente que estaba en pastos, palabra con que él sintetizaba, por no sé qué clasificación administrativa, la tarea á que consagraba el sudor de su frente.

Era una tarde de las primeras frías de Octubre. El concienzudo AVECILLA terminaba la copia de una minuta conceptuosa escrita por el oficial de su mesa, y mientras limpiaba la pluma en la manga de percal inherente á su personalidad oficinesca, sonreía á la idea de un proyecto que desde aquella mañana tenía entre ceja y ceja. Almorzaba don Casto en la oficina y sin vino, por lo común, pero aquel día un compañero aragonés habíale dado á probar un Valdiñón que de Zaragoza le enviaran los suyos, y don Casto, que no solía probarlo, con una sola copa se había puesto muy contento, y hasta la tinta la veía de color de rosa. Y por cierto que decía:—¿Quién ha traído esta tinta tan clara? Es bonita para cartas de lechuguinos, pero no es propia de la dignidad del Estado. — Porque es bueno advertir de paso, que AVECILLA, muchos años después de haber comenzado su vida

burocrática, había averiguado que lo que él había llamado el Gobierno siempre, no era precisamente quien le pagaba ni á quien él servía; supo, *en suma*, que existía una entidad superior llamada Estado, y que el Estado, es decir, yo, usted, el vecino, todos los *ciudadanos*, *en suma*, eran los verdaderos señores, pero no como particulares, sino *en cuanto entidad Estado*. Saber esto y engreirse el Sr. AVECILLA fué todo uno. Desde entonces se creyó una ruedecilla de la gran máquina, y tomó la alegoría mecánica tan al pie de la letra, que casi se volvía loco pensando que si él caía enfermo, y se paraba, por consiguiente, en cuanto rueda administrativa, las ruedecillas que engranaban con él, se pararían también, y de una en otra, llegaría la inacción á todas las ruedas, inclusive las más grandes é interesantes. Muchas veces, cuando salía el buen escribiente á paseo con su cara mitad y con su querida Pepita, hija única, de diecisiete años, iba pensando cosas así. Reparaba con pena el color de ala de mosca de la mantilla de su mujer; bien comprendía que el abrigo de Pepilla era raquí-tico, muy corto y atrasado de moda y

desairado; y ¡qué lástima! precisamente la chiquilla tenía un cuerpo hecho á torno. Pero por muy bien torneado que tuviera el cuerpo, cuando apretaba el frío no había más remedio que recurrir al abrigo desairado y tristón. Los pobres no siempre pueden lucir la hermosura.—Para ver á Pepilla hay que verla cosiendo en su guardilla, pensaba el padre, cosiendo en su guardilla, en verano, en enaguas, con un pañuelo de percal al cuello, la camisilla algo descotada, sudando gotitas muy menudillas por el finísimo cuello... y canta que cantarás... En invierno, la ropa mal hecha y no siempre hecha para ella, le roba á la vista algunos encantos... Pero todas estas tristezas que iba pensando por el paseo el señor don Casto se le olvidaban como cosa baladí, cuando volvía á parar mientes en su propia personalidad administrativa.—En cuanto á mí, decía, soy un miembro intrínseco de la sociedad de que formo parte. Y se detenía un momento, y dejaba que madre é hija siguieran un poco adelante, para contemplarse á su sabor en su calidad de miembro integrante (que era lo que él quería decir con lo de intrínseco)

de la sociedad de que formaba parte. Llevaba siempre á paseo un gabán ruso, de color de pasa, del más empecatado género catalán que fué en el mundo protegido de aranceles. Ocho duros decía don Casto que había sido el precio de tan hermosa prenda, pero esto era una de las pocas mentirigillas que él creía necesario decir en *holocausto al decoro*. El gabán había costado cinco duros y ya se había reenganchado varias veces, pues más de seis años atrás había cumplido el servicio y merecido la absoluta. Decía don Casto que no el Gobierno, sino los particulares eran los que debían proteger la industria nacional.—¿Que cómo? declamaba en su oficina, dando un puñetazo, no muy fuerte, al pupitre (en ausencia del oficial). ¿Que cómo? Es muy sencillo; usando, como yo uso siempre, géneros españoles; y señalaba con el dedo índice de la mano derecha á su gabán ruso colgado de humilde percha; y en esta actitud permanecía mucho tiempo.—No es el Estado, no, como entidad, el que debe cuidar las industrias; somos nosotros los que debemos consumir constantemente, y cueste lo que cueste, los productos nacio-

nales. Así se hermana la libertad con la prosperidad nacional. Es preciso confesar que AVECILLA, aunque modesto por condición, sentía gran orgullo al contemplarse inventor de esta graciosa componenda del libre cambio y el proteccionismo. Leía los periódicos, y al llegar el verano solía encontrar noticias como ésta: «Los duques de las Batuecas han salido para Biarritz.» — ¡Fuego en ellos! gritaba don Casto; esta nobleza, esta respetable nobleza, sí, muy respetable, por otra parte, no conoce sus intereses: ¡así se protege la prosperidad nacional! Ir al extranjero... dejar allí todo el dinero de la nación... no, en mis días, no iré yo á vestirme al extranjero. ¿Pues y las modas? ¿Y las señoritas que encargan sus trajes á París? Aborrecía don Casto *Le bon marché* y *Le Printemps* con toda su alma, tanto, que una vez que le hablaron del Barbero de Beaumarchais: — ¡No me hablen de ese comerciante! — gritó tomando al poeta por el comercio parisiense. — Mi hija no encarga, no, sus vestidos á esos establecimientos, que viste á la española, y como española... lo mismo que su padre. Decía antes que iba D. Casto con su mu-

jer y con su hija á paseo, y que las dejaba adelantarse un poco para considerar su personalidad jurídico-administrativa á sus anchas. Esas palabrejas compuestas, separadas por un guión, le encantaban; cuando empezó á saber de ellas, que no hacía mucho, las extrañó bastante, y creía que no era castellana esa concordancia de lírico-dramática, por ejemplo. — Será lírica-dramática, sostenía D. Casto; pero cuando se convenció de que era lírico-dramática y democrático-monárquica, encontró un encanto especial en esta clase de vocablos, y á cada momento los usaba, bien ó mal emparejados.

Considerando, pues, su personalidad, ó dígase entidad, que lo mismo le daba á él, jurídico-administrativa, D. Casto sentía lo que se llama pasmos y hasta llegaba al delirio. Tenía soberbia imaginación; cuantas metáforas y alegorías andan por los lugares comunes de la retórica periodística y parlamentaria, tomábalas al pie de la letra AVECILLA y veía los respectivos objetos en la forma material del tropo. V. gr.: el equilibrio de los poderes se lo figuraba él en forma de romana; el rey ó jefe del Es-

tado, ó sea poder moderador (nombre que daba á S. M.), era el que tenía el peso; y no por falta de respeto, ni menos por mofa, sino por inevitable asociación de ideas, se le representaba como poder moderador el carbonero de la calle de Capellanes, su amigo, todo negro de tiznes, pero imparcial y justo; el poder judicial era el fiel; el poder legislativo estaba colgado de los ganchos, y el ejecutivo era la pesa. Pensando en la arena candente de la política se le aparecía la plaza de toros en un día de corrida en Agosto y desde tendido de sol. En cuanto á él, D. Casto AVECILLA, era, como dejo dicho, una rueda de la máquina administrativa, siquiera fuese una rueda del tamaño de un grano de mostaza. No por esto se afligía, pues sabía que no por ser tan pequeña era esta ruedecilla menos importante que las otras. Tan al pie de la letra tomaba esto de la rueda, que dos ó tres veces que tuvo tercianas soñó que tenía dientes por todo el cuerpo, y delirando dijo á su mujer: — Dejad todas esas medicinas; lo que yo necesito es aceite, que me unten, que me den la unción y veréis como corro.

Iban delante su mujer y su hija Pepita, y él quedábase atrás, como ya dije dos veces; poníase el sol en el ocaso, como suele; los celajes de grana, inmenso incendio en el horizonte, daban á la fantasía de don Casto inspiración para sus sueños administrativos; él llevaba en la cabeza una epopeya burocrática; sentíase crecer; dentro de él, por una especie de panteísmo oficinesco, veía la esencia de cuanto es el Estado, en sus ramos distintos, pero enlazados. — Que me muero yo ahora, de repente, pensaba, pues no sólo dejo en la miseria á esas dos pobres mujeres, sí que también (este giro lo había aprendido en un periódico) sí que también, y esto es lo más interesante, por mí se detiene el general movimiento del bien concertado mecanismo del Estado; se pára esta ruedecilla, y se debe quedar en el lecho; acto continuo se detiene la rueda inmediata superior; el oficial, al detenerse ésta, tropieza y también se detienen los demás oficiales y escribientes del negociado... — y de una en otra llegaba á ver detenidas todas las direcciones del ministerio, y detenido el ministerio de Fomento, parábase el de Gobernación *et sic de cæte*

ris... — ¡Qué importancia la mía! exclamaba abrochándose el gabán para que una pulmonía no viniese á interrumpir el juego de las instituciones. ¡Qué importancia! Y mirando al sol que se escondía; no se creía inferior por su destino al astro rey; pues si por él vivía la república ordenada de nuestro sistema planetario, en el orden sociológico era D. Casto no menos indispensable que el luminoso rayo que se perdía... Todo es uno y lo mismo, había leído una vez, creo que en Campoamor, y desde entonces sin entender este, que á su buen sentido parecía un disparate, lo repetía en las grandes ocasiones, sobre todo cuando le faltaban argumentos. —

Vengamos al día en que había bebido una copa de Valdiñón y estaba muy contento.

El oficial acababa de abandonar su puesto, quedaban allí varios auxiliares y los escribientes.

— Yo sostengo que el teatro no es la escuela de las costumbres, —decía un joven auxiliar, que parecía oficial de peluquero, y tenía una instrucción y un escepticismo de peluquero también. — Yo al teatro voy

á reirme y nada más, exclamó un escribiente gordo y calvo que dormía más que escribía. Don Casto levantó la cabeza, y mientras se desataba la manga de percal negro dijo, porque creyó llegada la hora de decir algo: — Caballeros, yo confieso que prefiero las comedias de magia que encierran un fin moral. Cuando veo á la virtud triunfante en lo que llaman los inteligentes la apoteosis, rodeada de ángeles y alumbrada por luces de bengala, comprendo que el teatro, bien entendido, es un elemento de educación y entra de lleno en la esfera que llamaré artístico-administrativa, merced á los recursos de la literatura lírico-dramático-escenográfica. — Calló don Casto, convencido de que no en balde había dicho tanta palabra compuesta. No replicaron los circunstantes que veían en AVECILLA el orácuo del negociado; y él, con paso majestuoso, con modestia que sienta bien á la sabiduría, se fué derecho á su gabán, que estaba en la percha de siempre, y bien envuelto en aquella querida prenda, salió de la oficina diciendo: — Buenas tardes, caballeros. Se le había ocurrido una idea: que aquella noche debía llevar á su

mujer é hija al teatro. A pesar de lo mucho y bien que discurría don Casto en materias lírico-dramáticas, como el decía, era lo cierto que en once años había visto dos veces el teatro Español por dentro. No había visto más que *La vida es sueño* y *La redoma encantada*.—¡Cómo se va á alegrar Pepita, iba pensando camino de su casa. Este era el proyecto que le tenía preocupado hacía algunas horas. ¡Ir al teatro toda la familia! Idea tentadora, pero que iba á costar muy cara... En cambio, ¡qué alegría la de Pepita, tan sensible, tan aficionada á la comedia! ¡Oh, el alegrón que con esta noticia dió don Casto Avecilla á los suyos, artículo aparte merece, así como las vicisitudes de aquella noche consagrada al arte! Estos despilfarros de los pobres, que llevan la economía hasta el hambre, tienen un fondo de ternura que hace llorar. Cosiendo está en casa doña Petra, la digna esposa de don Casto, bien ajena de que el demonio tentador va á entrar diciendo, con heroico arranque de valor:—¡Ea, vamos á echar una cana al aire. Pepa, esta noche al teatro!

—¡Una cana al aire!—gritará Pepita,

que tiene el pelo negro como la endrina. Las canas de los pobres son los ochavos. Dejemos á don Casto colgado del cordón de la campanilla, jadeante, anhelando comunicar á sus queridas *esposa é hija* su resolución temeraria.—¡Tilín, tilín, tilín!... —Es él,—dice Pepita levantándose.—Él,—repite la madre, y ninguna sospecha nada.—¡Abramos!

## II

¡Él era! Radiante como debió de estar César después de pasar el Rubicón; desafiando al mundo entero con una mirada de... no se puede decir de águila, porque si á la de algún volátil tiene que parecerse la mirada de don Casto, será á la de la codorniz sencilla. Don Casto iba decidido á vencer, á no dejarse dominar por la excesiva parsimonia económica de doña Petra, su dulce pero demasiado cominera esposa.

Avecilla expuso su atrevido proyecto en pocas palabras, sin andarse con circunlo-

quios. Pepita abrió unos ojos como puños; su madre una boca como quinientos ojos de Pepita.

Don Casto repetía lo de la cana al aire y se adelantaba á todas las objeciones.—¡Se me dirá que el teatro no educa!—Pues yo digo que sí. Educa relativamente,—y se detuvo un momento, procurando acordarse de un latín que él había oído usar en casos análogos.—*Secundum quid*, era lo que quería decir.—Casto, mejor sería que guardáramos esos cuartos para reunir el traje de franela que te ha recomendado el médico; mira que el invierno se echa encima... —Don Casto tembló del frío que le dió acordarse del reuma y del invierno.—No niego yo la importancia del abrigo—replicó,—pero el espíritu también necesita su refrigerio; tú no sabes, Petra, y eso explica tu incalificable tenacidad, que así como hay ciencias que se llaman físico-matemáticas, otras existen con el nombre de político-morales.—¿Y qué tenemos con eso, Avecilla?—Tenemos que Pepita se compone, como todo sér racional y libre, de alma y cuerpo, y se pasa el santo día y gran parte de la noche igualmente santa,

consagrada á las tareas propias de su sexo, que más embrutecen que elevan el espíritu; y es necesario que, de vez en cuando, dé reposo al cuerpo y trabajo al alma, con la contemplación de lo bello, lo bueno y lo verdadero.

Doña Petra estaba muy acostumbrada á no entender palabra de cuanto decía su querido esposo; pero lejos de burlarse de estos discursos, creía firmemente que á ellos debía don Casto la conservación de su destino á través de todos los ministerios y formas de gobierno. Aquella garrulería incomprensible representaba á los ojos y á los oídos de doña Petra el pan de cada día; creía con fe ciega que tales sentencias y palabrotas eran la ordinaria tarea de su marido en la oficina de pastos. Preciso es confesar que don Casto en ninguna parte como en su casa abusaba de las palabras compuestas, del tecnicismo que no entendía y de las citas inoportunas; recreábase la música de sus párrafos y:—¡Aquí que no peço!—pensaba, disparatando en el *hogar doméstico* más graciosamente que en la *plaza pública* y *sin trabas ni cortapisas*.

Pepita que saltaba en su silla de costura,

deseando apoyar la resolución de su padre, se contuvo ante el argumento de la franela. ¡El pobre viejo necesitaba tanto aquel abrigo! En cambio su madre comenzó á rendirse ante la consideración de que Pepita tenía alma y cuerpo y todo lo demás que había dicho el sabio. La madre miró á la hija, con los ojos llenos de lágrimas. ¡Si sabría ella cual era la pasión de Pepa! No en balde tenía la niña un padre *tan fantástico*. Lo que á él se le iba en imaginar máquinas administrativas, fábricas de gobernar al vapor, la niña empleábalo en crear poéticas figuras y sucesos de inverosímil grandeza. Poco había leído porque le faltaba tiempo; pero de restos de personajes y de intrigas que en malos libros recogiera, iba formando poemas de su invención, purificándolo todo en su rica y sana fantasía que inspiraba un corazón tierno y ardiente en el amor de lo que llamaría don Casto lo bueno, lo bello y lo verdadero.

Doña Petra no tenía fantasía.— Los de mi tierra (una de las Cinco villas), no son *imaginativos*,—decía ella; pero respetaba el sagrado fuego que ardía en los dos seres que más amaba. Nunca había engañado á

su marido; mas tenía un secreto deseo que por nada de este mundo le hubiera revelado: volver á ver las figuras de cera. Todos los teatros de la tierra daba ella por el placer de contemplar aquellos hombres que parecían de carne y hueso y eran de la materia misma con que ella suavizaba el hilo. En el teatro los hombres eran hombres efectivamente ¡vaya una gracia! el caso era parecerlo y no serlo. El encanto del engaño, de la imitación de lo humano, era el único placer estético que comprendía doña Josefa. Aunque ella oculte el deseo de que hablo, porque sabe que á su marido le parece indigno de la esposa de un AVECILLA, bien recuerda don Casto el placer intenso que experimentó Petra en Zaragoza durante las ferias de la Pilarica, contemplando la exposición de figuras de movimiento de Mr. Brunetière.

—Ya se sabe—exclamó el esposo,—para tí no hay comedia, drama, ni tragedia que valga lo que uno de esos cuadros de la *cerámica*,—así llamaba don Casto al arte que encantaba á su esposa.—Comprendo que guste la escultura... pero ¡la *cerámica*!—  
¿Pues qué mejor escultura que las figuras

los preparativos de la extraordinaria fiesta. Era preciso cenar antes de salir; después hacer el tocado, como con gran afectación decía don Casto, cuyo proteccionismo se extendía al idioma.—¡Yo no uso galicismos!—gritaba ardiendo en la pura llama del patriotismo gramatical.—Y era verdad que no los usaba á sabiendas, que es el único modo de usarlos que consiente la gramática de la Academia.

Lo más interesante que sucedió aquella noche en casa de AVECILLA, fué el *tocado* de Pepita. Lector, si eres observador y, además, tienes un poco de corazón, alguna vez te habrá enternecido espectáculo semejante.

¿Cómo se compone y emperegila, si don Casto permite la palabra, la hija de un pobre, en la ocasión solemne y extraordinaria de ir al teatro? Veamos esto.

El tocador de Pepita era muy sencillo, tal vez demasiado: un espejo de marco negro colgado de un clavo en la pared. Su luna recordaba un día de borrasca en el mar por lo profundas que eran las ondulaciones aparentes de la superficie. Pepita se veía allí en zig-zags, pero acostumbrada

ya á ello, mediante una rectificación que su fantasía acertaba á imaginar en un instante, la niña se servía de aquel mueble cual si fuese hermosa luna de Venecia. Debajo del espejo había un costurero antiguo con un agujero grande en el medio, obra de la industria casera; en aquel agujero se colocaba la palangana de barro pintado. Sobre el costurero había un acerico de terciopelo carmesí muy raído, unas flores de trapo procedentes de algún ramillete de confitería, varios frascos vacíos y algunos peines muy limpios.

Pepita acaba de peinarse; como ya es de noche, ha encendido una vela de sebo y ensaya distancias entre la luz y el espejo, la cabeza y la luz, para poder contemplarse. Está satisfecha. La verdad es que en el espejo parece un monstruo; se ven unos ojos muy estirados de arriba á abajo, una frente deprimida y un moño que parece un monte; pero Pepita no ve eso, ve la Pepita que lleva en la cabeza, la que ha visto en los espejos de las tiendas, y esa es bonita y de facciones correctas. Valga esta vez la verdad, no es tan bonita como ella se lo figura, no por vanidad, sino por opti-

mismo que nace del alegrón que le ha dado su padre. ¡Ir al teatro! ¡Para Pepita el teatro es una cosa tan distinta de lo demás del mundo! ¡Cuánto más hermoso! Pocas veces lo ha visto, pero ni el pormenor menos digno de recuerdo se le ha escapado de la memoria. ¡Si este pícaro mundo fuese como el teatro ó parecido siquiera! Allí los amantes son apasionados, tiernos, caballeros y leales; ella no ha tenido más que un novio, pero hubo de darle calabazas, porque el papá decía que era un holgazán, que nunca podría sustentar una familia. ¡Oh vergüenza! ¡Un novio á quien es preciso dejar porque no tiene pan que dar á su mujer! En el teatro también los novios son pobres á veces, pero en tales casos la novia respectiva resulta princesa, y ella lo paga todo, y otras veces es el novio el que sale siendo hijo de un banquero riquísimo, algo tacaño y severo, pero que al fin se ablanda y todos quedan contentos. Y en último caso, si el trance no tiene arreglo, —Pepita prefiere que lo tenga,—el amante se desespera, y se muere ó se mata, y aunque esto es una atrocidad, un pecado muy grande, ello prueba mucho amor.

Pues, ¿y las comidas del teatro? ¡Qué lujosa mesa! ¡Cuántas damas y señores! ¡Qué de criados con librea! ¡Qué ramos de flores sobre la mesa! y ¡cuántos vinos exquisitos! Pepita nunca ha comido mejor que en su casa. ¡Oh, el teatro es una ventana por donde se ve desde la triste vida las alegrías del cielo! Pues, ¿dónde dejamos aquel hablar en versos tan bonitos, sin que falte nunca la copla? (el consonante). ¡Y qué bien recitan todos, hasta los graciosos más zafios!... Pepita se vuelve loca de alegría, sólo con pensar en lo que se va á divertir.

Una vez decidido que se va al teatro cueste lo que cueste (y costará poco), Pepita ya no se contiene; canta, habla de prisa, casi llora de entusiasmo, dice mil tonterías... ¡está la pobre tan nerviosilla! Desde la alcoba donde se está mudando las enaguas y toda la ropa interior, habla con su padre que se pasea muy satisfecho por la salita única de la casa. En la otra alcoba, la del matrimonio, la Sra. de AVECILLA se está mudando el traje también, y al mismo tiempo reza las oraciones de su devoción, segura de que al volver del teatro

el sueño no le dejará concluir ni un *Padre nuestro*.

—Papá — grita la joven, — ¿á qué teatro vamos? — Eso lo pensaremos, hija mía; es necesario saber distinguir de arte y arte; y, como yo decía hoy en la oficina á aquellos señores, el teatro puede moralizar, sí, señor, puede moralizar y puede desmoralizar; de modo, que lo pensaremos.

—Papá, ¿llevarás la corbata que no has estrenado, por supuesto? — Sí, hija mía, por más que te confieso que todavía no he comprendido bien el mecanismo de la tal corbatita. Cuando la compraste en la esquina del Principal, ¿no te dijeron como se ponía?

—Sí, papá; verás, yo misma te la pondré.

Y Pepita sale con la corbata de su padre entre manos.

Don Casto contempla á su hija con cierta melancolía. — Mi hija, — piensa, — está más bonita cuando no viste sus galas. Ese abrigo, ese maldito abrigo me la desfigura.

Y es verdad, Pepita no viste bien la ropa mala. Es posible que si entregaran su cuerpo bonito á una buena modista, hiciera

con él maravillas, pero la muchacha, que se pone tan pocas veces el vestido bueno (el más viejo porque no se usa nunca), semeja una lugareña mal pergeñada con los trapos de cristianar. Hasta el peinado parece mal, afectado, estirado, *relamido*. La poca práctica no la permite ser hábil en su tocado, y tarda en peinarse y se soba demasiado; está muy colorada y tiene un poco untada la frente de no sé qué, pero ello es que tiene reflejos nada agradables: no es aquella la Pepita de todos los días, y bien lo conoce su padre; pero se guarda de comunicar su pensamiento.

La niña se cree más guapa que nunca, ó acaso no piensa en tal cosa: piensa en el teatro. La corbata de *plastrón* ya está puesta. Don Casto se ha quitado el ruso, la americana y el chaleco, y con el cuello estirado, mordiendo con el labio superior el inferior, como si pretendiese estirar la piel y evitar un pellizco del resorte de la corbata que, francamente, le ahoga, permite que Pepita medio le sofoque con el pretexto fútil de engalanarle. Don Casto no se ha dado cuenta del procedimiento; para él es un misterio cómo se ponen esas

corbatas, que entran y salen tantas veces en unos ganchos que tienen, no sabe él dónde.

—Pues, sí, hija mia, el teatro moraliza, pero es necesario saber elegir. El cán-cán perdió á París, perdió á Francia; en cambio, ¿sabes quién ganó á Sedán?— Los alemanes,— dice Pepita.— ¡De ninguna manera!— ¿Pues quién?— ¡El maestro de escuela!— dice la mamá saliendo de la alcoba.— ¿Cómo sabes tú eso?— pregunta Avecilla asombrado.— ¡Toma, porque te lo he oído decir cien veces!— Los franceses se lo tienen merecido. Ellos han corrompido la Europa latina... Por ejemplo: estas corbatas, ¿quién las ha inventado sino ellos?

Don Casto está irritado; aquella prenda de *importación francesa* le da tormento.

Al fin salen de casa.

— ¿Adónde vamos?— pregunta la mamá.

— ¿Quieres que vayamos al Español?

— ¿Qué representan allí?

— *El pelo de la dehesa*... Comedia culta; yo la he leído... y ahora que recuerdo, tú, niña (habla con su mujer), haz memoria,

¿no te acuerdas de que la vimos en Zaragoza?

— ¡Ah, sí! Es aquella comedia tan larga y tan pesada, donde todo el tiempo se están los cómicos en una habitación, y pasa un acto, y nada, la misma habitación... ¡Reniego de ella!

— Sí, verdad es que renegaste y me hiciste abandonar el teatro antes del cuarto acto.

— Pues claro; cuando una es pobre y se divierte pocas veces, quiere divertirse de veras. Mira tú, que para ver no más que una sala y un señor de pueblo, una especie de baturro... y precisamente en Zaragoza... ya ves, eso es muy aburrido.

— Pues, bien; da tu voto, mujer.

— Yo opino... que vayamos á la Zarzuela.

— ¡Ay, sí, sí, á la Zarzuela, papá!— exclama Pepita.

— Don Casto se detiene. Siente decírselo á su señora é hija, siente contrariarlas pero... lo dice al fin, con tono solemne y misterioso:

— ¡La Zarzuela es un género híbrido!

Pepita no insiste. Su papá es para ella